

Nota: este documento ha servido de insumo principal para el discurso ofrecido por la Secretaria General Iberoamericana, y no representa necesariamente su intervención en el evento. Se pone a disposición para consulta.

25 Años de Cumbres Iberoamericanas: Una mirada al futuro

Conferencia en el marco de los 25 años de Casa de América

Madrid, España – Casa de América

16 de mayo de 2017 – 19:00

Rebeca Grynspan

Secretaria General Iberoamericana

Señor Santiago Miralles, Director General de Casa de América

Excelentísimos Embajadores y Embajadoras

Distinguidos invitados e invitadas:

Deseo iniciar felicitando a Casa de América por este ciclo de conferencias, en el marco de su vigesimoquinto aniversario. A lo largo de su trayectoria, Casa de América ha sido mucho más que un lugar, mucho más que un espacio físico o material: al favorecer el encuentro en torno a lo iberoamericano y el encuentro entre iberoamericanos, ha sido también actor y ha jugado su propio papel en la construcción de nuestra Comunidad de naciones.

Sé que parece un juego de números que venga aquí a hablar de los 25 años de las Cumbres Iberoamericanas con motivo de los 25 años de Casa de América. No es casualidad. Tanto las Cumbres como esta institución fueron producto de un momento histórico de profundas transformaciones a nivel global, transformaciones que en nuestro espacio coincidieron con la conmemoración del V Centenario y un proceso de

reflexión sobre las relaciones entre los países de habla hispana y portuguesa, a ambos lados del Atlántico.

Para entender las Cumbres, es preciso recordar cuáles eran los contornos del mundo en que emergieron. Al momento de celebrarse la I Cumbre Iberoamericana en Guadalajara, en julio de 1991, recién caía el Muro de Berlín, no se había firmado aún el Tratado de la Unión Europea, e Iberoamérica estaba conformada, en su gran mayoría, por democracias incipientes, luego de la ola democratizadora que recorrió la región principalmente en la década de los ochenta.

Nuestras relaciones económicas y comerciales eran muy distintas. En 1991, España y Portugal representaban una tercera parte del Producto Interno Bruto (PIB) de Iberoamérica y los países latinoamericanos se encontraban inmersos en un difícil periodo de ajuste estructural tras la crisis de la deuda, que tuvo efectos tan profundos que los niveles de crecimiento tardaron más de una década en recuperarse, y los de pobreza, más de dos décadas.

Hoy España y Portugal representan una quinta parte del PIB iberoamericano y América Latina alberga a tres países del G20, a dos Miembros de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OECD) – y dos más en proceso de adhesión–.

En 1991, la economía china representaba menos del 19% del PIB iberoamericano. De hecho, tanto España como Brasil producían entonces más que China. Hoy, la economía china es 66% más grande que la suma de nuestros 22 países, y China se ha convertido en el segundo socio comercial de la región latinoamericana, al tiempo que se han desarrollado empresas multilatinas – o más correctamente multi-iberoamericanas – con importantes inversiones no solo en América Latina, sino también en Europa.

La arquitectura social de América Latina era también muy distinta. En 1991, casi la mitad de la población latinoamericana vivía en la pobreza. Hoy la pobreza ronda el 28% y dos terceras partes de los países latinoamericanos se consideran de desarrollo humano alto o muy alto.

Más de 90 millones de latinoamericanos ingresaron a la clase media desde el cambio de siglo, mientras también se redujo la desigualdad de ingresos. De hecho, América Latina es la única región que en los últimos años logró disminuir tanto la pobreza como la desigualdad, a pesar de que sigue siendo la región más desigual del mundo.

También se registraron logros notables en salud y educación. La mortalidad infantil se redujo en casi un 70%, la matrícula secundaria creció en 20 puntos porcentuales y la matrícula universitaria se duplicó. Tenemos hoy la generación joven más numerosa, más educada y más exigente de nuestra historia: 2 de cada 3 universitarios latinoamericanos son primera generación en sus familias en asistir a la universidad.

Estos cambios coincidieron con importantes avances en términos de inclusión social, en particular en la inclusión de las mujeres, la población indígena y afrodescendiente, y las personas con discapacidad –aunque persisten todavía muchas desigualdades–. Para darles solo una cifra: el porcentaje de mujeres en los parlamentos latinoamericanos se ha triplicado en estos 25 años y hoy la región se encuentra entre las mejor posicionadas en presencia femenina en los congresos, a nivel mundial.

Con estos datos quiero ilustrar la enorme distancia que hay entre la Iberoamérica de hoy y la Iberoamérica cuyos líderes se reunieron en Guadalajara hace un poco más de 25 años.

Es sorprendente que el espacio iberoamericano haya mantenido su vigencia a través de todas estas transformaciones, y que haya logrado evolucionar al ritmo que evolucionaron los países que lo integran y las relaciones entre ellos.

En todo el mundo existen pocos ejemplos de un diálogo ininterrumpido entre decenas de países, a nivel presidencial, a lo largo de un cuarto de siglo. Más bien, la historia de los esfuerzos de integración y cooperación está llena de “salidas en falso”, de proyectos que no trascienden las coyunturas que los generan.

Yo creo que Iberoamérica logró mantenerse y consolidarse por varias razones:

Primero, porque se sustenta sobre una realidad que antecede y excede a los gobiernos. Es una construcción de la gente, de abajo hacia arriba, fruto de los afectos, de las migraciones, de los idiomas, de los intercambios que ocurren en presencia de una gran afinidad cultural.

Contrario a lo que algunos piensan, el concepto de Iberoamérica no es una construcción reciente ni es una invención de los gobiernos. La idea de una “federación” iberoamericana nace en la segunda mitad del siglo XIX y cobra su primera forma institucional hacia 1885, con la Sociedad Unión Ibero-Americana, un colectivo integrado por diplomáticos, intelectuales y empresarios de ambos lados del Atlántico. En los estatutos fundacionales de esa sociedad, se recogen los principios de

horizontalidad, cooperación y respeto a la diversidad que rigen las relaciones iberoamericanas hoy en día, así como la intención de organizar “reuniones periódicas en puntos varios de pueblos confederados, con el objeto de discutir los problemas de interés inmediato para la más estricta unión y confraternidad de los Estados”.

Como ven, Iberoamérica nace en la sociedad, en el diálogo y el intercambio entre intelectuales, artistas, escritores, periodistas, empresarios, deportistas. Basta pensar cuántas de nuestras más insignes figuras en el último siglo han habitado a ambos lados del Atlántico. Por cada Alfonso Reyes que vino a España, hubo también un Luis Cernuda en México o un Rafael Alberti en Argentina.

El elemento aglutinador ha sido, desde siempre, la cultura y los idiomas, que son la columna vertebral de Iberoamérica. Se trata de elementos que con frecuencia se invisibilizan en el análisis y el discurso político. Eso es un error. Precisamente lo que demuestra la trayectoria iberoamericana es que la cultura va más allá de las bellas artes, y puede ser una fuerza que nos articule y nos dé aliento. Lo mismo ocurre con los idiomas, que tienen un inmenso valor en la construcción de lo simbólico, pero también en el ámbito económico.

Los estudios demuestran que compartir dos idiomas comunes y mutuamente entendibles multiplica por cuatro nuestras relaciones comerciales, y por siete nuestros flujos de inversión.

Ahora bien, la conexión entre las sociedades no se traduce automáticamente en institucionalidad. Para eso se requiere un compromiso sostenido y una voluntad política, que es la segunda razón que explica el éxito del proyecto iberoamericano.

Sin importar su signo político o las coyunturas domésticas, los países iberoamericanos han mantenido su adhesión a este esfuerzo. Iberoamérica ha mostrado una capacidad admirable para construir sobre las coincidencias y respetar la diversidad.

En esto llevan mérito todos los países, pero sin duda debe reconocerse el liderazgo que ha ejercido España, y en particular Su Majestad el Rey, tanto en la persona del Rey Juan Carlos I como actualmente bajo el reinado de Felipe VI.

No podríamos hablar de Iberoamérica si España no hubiera apoyado de forma tan decidida este proceso. Ese apoyo se manifiesta en el hecho de que España sea sede de la Secretaría General Iberoamericana y de los cuatro organismos iberoamericanos, pero también en su aportación económica y en su respaldo al más alto nivel político. Todas las Cumbres Iberoamericanas han contado con la presencia del Rey -con

excepción de la Cumbre de Panamá a la que, por razones de salud de Su Majestad, asistió el Príncipe de Asturias-.

Gracias al diálogo constante animado por las Cumbres, a la generación de confianza y de buena fe entre los gobiernos, y a la voluntad de sumar fuerzas, Iberoamérica fue gradualmente construyendo la plataforma de cooperación horizontal más importante del mundo. En ninguna otra parte puede encontrarse un modelo tan exitoso de colaboración entre pares, que opera de manera voluntaria y solidaria, y en función de las prioridades de cada país.

Actualmente contamos con 28 programas, iniciativas y proyectos de cooperación regional, que el año pasado alcanzaron un récord de adhesiones, aún en momentos de desaceleración económica. Sumado a esto, la región también se ha posicionado en la vanguardia de la Cooperación Sur-Sur y Triangular, con más de 1.400 proyectos e iniciativas vigentes, en prácticamente todas las áreas del desarrollo humano.

La tercera razón que explica el éxito de este esfuerzo es nuestra capacidad de adaptación. La institucionalidad iberoamericana ha ido cambiando para responder a las nuevas realidades. En estos 25 años, hemos pasado de ser una Cumbre de Jefes de Estado y de Gobierno, a ser una Conferencia y a constituir hoy, cada vez más, una Comunidad. La Secretaría General Iberoamericana (SEGIB), se estableció en el año 2003 como organismo internacional permanente encargado de dar cumplimiento a los mandatos emanados de las Cumbres y apoyar las actividades de la Conferencia.

Estos 25 años han sido un periodo de expansión no solo política e institucional, sino en todos los ámbitos. En lo económico, por ejemplo, y según datos oficiales del gobierno español, entre el año 2004 y el año 2014, las exportaciones de España a América Latina crecieron un 235% (frente a 170% de sus exportaciones totales al mundo).

La inversión extranjera directa que España envía a América Latina se cuadruplicó entre 1994 y 2014, mientras la que España recibe de América Latina se multiplicó por un factor de 26.

Asimismo han proliferado los espacios de encuentro y las alianzas a nivel académico, profesional y ciudadano. Esto es algo que compruebo a diario en el ejercicio de mi cargo. No pasan muchas semanas sin que ocurran encuentros iberoamericanos de médicos, de criminólogos, de cineastas, de historiadores, de organizaciones de la sociedad civil, de municipalidades, de universidades, de asociaciones de empresarios.

El espacio iberoamericano es hoy más denso y eso ha sido facilitado por el entorno que han creado las Cumbres.

En medio de ese entramado, la SEGIB ha venido consolidando su nicho en las áreas en las que tiene mayor ventaja y experiencia: en la cultura, en la educación y la ciencia, y en la cohesión social.

Al asumir funciones como Secretaria General Iberoamericana, en marzo de 2014, recibí de los Jefes de Estado y de Gobierno con los que me reuní un mandato claro de consolidar ese enfoque, y de profundizar el proceso de renovación institucional que había dado inicio bajo el liderazgo de don Enrique Iglesias.

El objetivo fue dotar a la SEGIB de una institucionalidad más ágil y dinámica, de acción más coordinada con los demás organismos iberoamericanos, y más capaz de dar respuesta a las necesidades que nos plantean los países.

Ese proceso de renovación culminó en los dos años rumbo a la XXV Cumbre Iberoamericana de Cartagena de Indias, celebrada en octubre del año pasado. La Cumbre de Cartagena fue especial no solo por tratarse del vigesimoquinto aniversario, sino también porque coincidió con las últimas etapas de la negociación de la paz en Colombia, sin duda uno de los acontecimientos más trascendentes que han ocurrido en la región en las últimas décadas. Junto con la negociación actual con el Ejército de Liberación Nacional (ELN), que esperamos llegue a buen puerto, constituye el punto final del conflicto armado más antiguo en el Hemisferio Occidental y el fin de una era en que los enfrentamientos internos causaron mucho dolor en América Latina.

Como centroamericana que vivió los procesos de paz de la década de los ochenta, yo tengo toda la esperanza de que Colombia logrará hacer la transición hacia la sociedad pacífica, segura y unida que merecen todos los colombianos. Hoy nos sentimos orgullosos de decir que ninguno de nuestros países se encuentra involucrado en un conflicto armado, dentro o fuera de sus fronteras.

Todos los países iberoamericanos respaldaron al unísono el proceso, y tres países de la región cumplieron un papel fundamental: Cuba como sede de las negociaciones y garante del proceso de paz, y Venezuela y Chile como países “acompañantes” del proceso. Dos expresidentes iberoamericanos encabezarán la Comisión Internacional que dará seguimiento a la implementación del acuerdo, el ex Presidente Felipe González y el ex Presidente José Mujica.

Tras el Brexit y a pocos días del triunfo de las elecciones de Estados Unidos, la Cumbre de Cartagena demostró una región unida en su compromiso con la paz, el multilateralismo, el diálogo y la cooperación, como formas de afrontar los desafíos comunes.

Todos los países estuvieron presentes en Cartagena, participaron activamente en el debate y suscribieron todos los documentos presentados a consideración.

También estuvieron presentes representantes de los países y organismos que son nuestros observadores asociados y consultivos. En particular nos honró la participación del Secretario General de la Organización de las Naciones Unidas, António Guterres, quien nos dedicó su primera participación internacional como Secretario General electo.

En su discurso, el Secretario Guterres manifestó su convicción de que el espacio iberoamericano es un “pilar esencial” de la “transición hacia una multipolaridad organizada” porque hoy Iberoamérica es, “esencialmente, un espacio de paz, de afirmación democrática y de los derechos humanos, y un espacio de tolerancia en la vivencia de la multiculturalidad”.

El tema de la Cumbre de Cartagena fue “Juventud, Emprendimiento y Educación”, por lo que todas las actividades previas y paralelas se abordaron con un enfoque transversal de juventud. En el ámbito sustantivo, el documento más importante emanado en torno al tema de la Cumbre fue el Pacto Iberoamericano de Juventud, en que los gobiernos de la región se comprometieron a realizar una serie de acciones concretas para impulsar la plena participación de nuestros jóvenes en la economía y la sociedad.

En la Cumbre también se presentaron los logros alcanzados en los dos años anteriores. Hoy quisiera destacar tres iniciativas:

Primero, Campus Iberoamérica. Este es el mayor programa de movilidad académica en la historia de la región, modelado a partir de la experiencia del Erasmus en Europa. Hemos recibido la adhesión de más de 700 entidades públicas y privadas, y hemos contado con el valioso acompañamiento de la Conferencia de Rectores de las Universidades Españolas (CRUE). Esperamos alcanzar 200,000 movidades de aquí al año 2020.

La segunda iniciativa que quisiera destacar es el lanzamiento –en diciembre de 2015– del Canal Iberoamericano “Señal que nos Une”, la primera emisora de televisión pública para toda la región, con una cobertura de más de 60 millones de personas y en el que participan los 22 países iberoamericanos. Se trata de una televisión de televisiones, que nos permite visibilizar nuestra diversidad cultural, y también proyectarnos hacia el mundo.

Finalmente, quisiera destacar nuestro trabajo en la promoción de la innovación ciudadana, a través de la organización de laboratorios y el mapeo de iniciativas de innovación ciudadana en decenas de ciudades iberoamericanas, incluyendo Madrid.

Somos el único organismo internacional que trabaja directamente con la ciudadanía, de manera abierta y colaborativa, en la solución de los problemas de las comunidades. Por el éxito que han alcanzado los laboratorios, el gobierno de Colombia nos solicitó asesoría para organizar laboratorios de innovación ciudadana en el marco de la implementación de los acuerdos y el proceso de consolidación de la paz.

Estos logros nos llenan de orgullo, pero el 25 aniversario es ante todo una ocasión para reflexionar sobre el camino que nos queda por delante. Las Cumbres Iberoamericanas son, en su mejor expresión, el espacio en que podemos pensar colectivamente nuestro futuro.

Son el espacio para los grandes derroteros, para imaginar cómo queremos ser y cómo llegar ahí.

Yo creo que Iberoamérica enfrenta actualmente al menos seis retos que deben ser abordados con claridad: el reto social, el reto económico, el reto del financiamiento del desarrollo, el reto político o institucional, el reto ambiental, y el reto de la integración, que incide sobre todos los anteriores.

Empiezo por el reto social. Mencioné anteriormente los grandes avances en el combate a la pobreza y la reducción de la desigualdad. Por primera vez en la historia de la región, hay más latinoamericanos viviendo en la clase media que bajo la línea de pobreza, aunque el grupo más importante es ahora la población vulnerable, que gana suficiente para no ser considerada pobre pero no alcanza a considerarse tampoco clase media.

Estas personas viven en riesgo constante de empobrecimiento, y de hecho entre el año 2014 y 2015, 7 millones de latinoamericanos han vuelto a caer en la pobreza.

Debemos seguir poniendo todo nuestro empeño en atender a estas personas y mejorar su resiliencia frente a los ciclos económicos.

Al mismo tiempo, debemos abordar la realidad de una América Latina que nunca más volverá a ser tan joven. La oportunidad que nos presenta el bono demográfico debe confrontarse con la consciencia de que nuestra población está envejeciendo, y eso pone presiones sobre nuestros sistemas. Debemos encontrar maneras de crear, por una parte, oportunidades reales de superación y realización para nuestra juventud, sin dejar de anticipar la transición de nuestros países hacia estructuras poblacionales más parecidas a las de los países desarrollados.

La agenda social debe fortalecerse y sofisticarse. Debemos mantenernos firmes en la lucha contra la pobreza y la desigualdad, pero también emprender políticas de nueva generación, mejorar y estandarizar la calidad de los servicios públicos, y entender que nuestras poblaciones tienen necesidades que evolucionan con el tiempo.

El segundo reto que he mencionado es el reto económico. La brecha de productividad de nuestra región con las economías más avanzadas se ha duplicado en los últimos cincuenta años. Nuestras matrices productivas son poco diversificadas, nuestras empresas son poco innovadoras y nuestra fuerza laboral registra altos niveles de informalidad. La región invierte menos del 1% de su PIB en investigación y desarrollo, y debe duplicar su inversión en infraestructura y logística tan solo para cerrar la brecha con sus competidores.

Aunque hemos realizado muchos esfuerzos en mejorar el clima de inversiones, debemos seguir optimizando los procesos y regulaciones, ayudando a construir un ecosistema propicio para la innovación y el emprendimiento.

Ya estamos observando los efectos de la Cuarta Revolución Industrial. Se estima que, para el año 2030, más de la mitad de los puestos de trabajo actuales habrán sido automatizados o habrán quedado obsoletos, y tres cuartas partes de las 500 mayores empresas del mundo habrán desaparecido o habrán sido sustituidas por otras. Ese es el mundo en que nos tocará competir en poco más de una década, un mundo en que no serán los peces grandes los que se coman a los chicos, sino los rápidos los que dejen atrás a los lentos. El costo del atraso puede aumentar las brechas y distanciarnos aún más de los países más avanzados. El tiempo es un lujo que no tenemos.

Es hora de emprender una revolución en la productividad, una apuesta decidida por el conocimiento, por la investigación, por la ciencia y la tecnología, por el talento y las ideas, que nos permita insertarnos inteligentemente a las cadenas globales de valor, y enganchar a las pequeñas y medianas empresas –que son las grandes generadoras de empleo– a la economía global, a través de plataformas digitales.

Es claro que, en el corto plazo, tenemos presiones considerables que debemos también atender. Pero no debemos olvidar que el corto plazo y el largo plazo empiezan al mismo tiempo. Las reformas a la estructura productiva de América Latina debemos realizarlas ahora, aunque el entorno global no sea el más propicio y aunque la región venga apenas recuperándose de un periodo de contracción económica.

En 2017 América Latina alcanzará un crecimiento del 1,1%, después de dos años consecutivos de crecimiento negativo y gracias a la recuperación de grandes economías como Brasil y Argentina. Este modesto rebote coincide con un deterioro de las condiciones externas, en un entorno global más inestable e impredecible. Del lado de la demanda, enfrentamos el riesgo de una mayor contracción del comercio internacional y una caída de los flujos de inversión hacia la región.

En lo financiero, el fortalecimiento del dólar y el aumento en las tasas de interés encarecerán la financiación exterior, algo que puede agravarse con el aumento del déficit estadounidense ante los recortes de impuestos, la desregulación y la expansión de la inversión en infraestructura pública que ha prometido la Administración Trump.

Sabemos que los gobiernos cuentan con muy poco espacio fiscal para emprender reformas, y ese es el tercer reto que quería mencionar: el de cómo financiar el desarrollo.

La carga fiscal en América Latina es inferior al 23% del PIB (11 puntos porcentuales menos que el promedio de la OCDE). Además de insuficiente, es poco progresiva: en los países desarrollados, el coeficiente de Gini cae en 18 puntos porcentuales después de que se aplican los impuestos. En América Latina, apenas si tiene incidencia.

Lo que es más, existe evidencia de que muchas familias latinoamericanas caen debajo de la línea de pobreza por causa de los impuestos, mientras la evasión fiscal alcanza el 6,7% del PIB regional.

Es urgente que nuestros países atiendan el triple desafío de una tributación insuficiente, una tributación que no tiene el poder redistributivo que se requiere para reducir la desigualdad, y una tributación que no solo no reduce la pobreza, sino que,

en algunos casos, la aumenta. No tiene ningún sentido que le demos a las pobres transferencias monetarias que luego les cobramos en impuestos indirectos.

Financiar el desarrollo demanda acción fiscal, pero requiere también una colaboración mucho más intensa y dinámica entre el sector público y el sector privado. Debemos retomar la agenda de las alianzas público-privadas, bajo nuevos arreglos de gobernabilidad que generen confianza, y se asienten sobre la transparencia y la cero corrupción. Sin alianzas público-privadas, será muy difícil alcanzar el nivel de inversión requerido en áreas estratégicas como la energía, el transporte, los puertos y aeropuertos, o las plataformas digitales.

El cuarto reto que deseo mencionar es el reto institucional. Las nuevas demografías de la región implican también nuevos desafíos. América Latina se ha convertido en una región de clase media, con las expectativas que eso conlleva.

Esta población que es más educada, más informada, más empoderada, demanda no solo acceso a los servicios públicos, sino calidad en esos servicios. Demanda más bienes políticos, mayor participación ciudadana y más representatividad. Demanda aparatos estatales eficientes, transparentes y que rindan cuentas. Demanda mejores oportunidades laborales y mayor movilidad social. Demanda calidad de vida, menos violencia, menos inseguridad. Es una ciudadanía menos tolerante a la corrupción y menos tolerante a la desigualdad.

Esas demandas nos colocan frente al paradigma del desarrollo en donde las instituciones van más despacio que las sociedades y las economías. Nuestros sistemas políticos se encuentran desfasados y enfrentan crecientes problemas de gobernabilidad. La desafección política de la ciudadanía va en aumento y el déficit de confianza en las instituciones y entre las personas alcanza niveles alarmantes.

8 de cada 10 latinoamericanos considera que uno no puede confiar en la mayoría de las personas. Menos de un tercio de la población confía en los Congresos, los partidos políticos, los gobiernos centrales y el Poder Judicial. ¿Cómo encarar colectivamente nuestros desafíos frente a este nivel de desconfianza mutua y, sobre todo, cómo planificar a futuro? La fragmentación y la desafección hacen muy difícil concebir un proyecto común de sociedad.

En el reto político-institucional incorporo el de la convivencia ciudadana, la reducción de la inseguridad, la promoción de culturas de paz, y la construcción de identidades incluyentes, que nos permitan comprender nuestra propia complejidad y nos lleven a convivir (no solo coexistir) en la diversidad. No es ningún blasón de honor que, a pesar

de no tener conflictos armados, nuestra región sea responsable por casi un tercio de los homicidios que ocurren a nivel mundial, ni que casi la mitad de los latinoamericanos diga sentir miedo todo el tiempo o casi todo el tiempo de ser víctima de la delincuencia.

En cuanto al conflicto político y social, vemos con consternación el agravamiento de las tensiones y la polarización ciudadana en algunas partes de nuestra región. América Latina no puede regresar a recetas del pasado: hoy más que nunca, debe renunciar a la violencia y recurrir al diálogo y la negociación, a la búsqueda de acuerdos que pongan en el centro a los ciudadanos, que son siempre los que experimentan más riesgo en un contexto de confrontación.

El quinto reto lo mencionaré muy brevemente pues no se trata de mi área de especialidad, aunque sin duda reviste gran importancia para América Latina, y es el reto ambiental.

Nuestra región es particularmente vulnerable a los efectos del cambio climático y tuvo un pobre desempeño en las metas ambientales de los Objetivos de Desarrollo del Milenio. No obstante, somos una potencia en la biodiversidad, tenemos un inmenso potencial en áreas cruciales para el futuro de la humanidad, como los alimentos, y somos líderes en energías renovables. América Latina produce más de la mitad de su electricidad de energías renovables, comparado con apenas 22% del resto del mundo. Los expertos empiezan a hablar ya del riesgo de Estados fallidos en lo ambiental, por la escasez de agua o la vulnerabilidad frente a fenómenos climáticos. América Latina tiene la oportunidad de liderar en la agenda de la sostenibilidad. En esto, mi propio país, Costa Rica, tiene mucho que enseñar.

El último desafío que quiero abordar es el de la integración regional. Luego de un cuarto de siglo, nuestra región ha construido un excelente espacio para el diálogo, la cooperación y el intercambio. No obstante, la integración regional dista mucho de alcanzar su verdadero potencial. El comercio intrarregional capta únicamente un 15% de las exportaciones latinoamericanas, a pesar de que existen más de 60 acuerdos comerciales vigentes entre los países de la región.

Aprovechar esos acuerdos está al alcance de la mano, así como buscar la convergencia entre los mecanismos que se han creado, como la Alianza del Pacífico y Mercosur, que juntos representan más del 80% de la población regional y más del 90% de su PIB y su inversión.

Al mismo tiempo, debemos potenciar nuestra relación con socios estratégicos, en el Atlántico y el Pacífico. En recientes reuniones con líderes en Europa y América Latina, todos me han expresado su deseo de fortalecer relaciones con la región. En lo inmediato, debemos dar prioridad a la aceleración de las negociaciones entre la Unión Europea y Mercosur, y la actualización del acuerdo entre México y Europa, y entre Chile y Europa, junto con la ratificación del Acuerdo de Diálogo Político y Cooperación con Cuba. España puede ejercer un liderazgo muy importante en esta materia, y así lo ha hecho el Presidente Rajoy.

Debemos también sacar mejor partida de nuestra gran afinidad idiomática y cultural. Nuestros países tienen tasas bajísimas de movilidad de personas y se encuentran muy rezagados en atracción de talento. Mejorar estos esquemas no cuesta mucho dinero y puede tener un gran impacto dinamizador en la economía, sin mencionar el impacto en la construcción de comunidad.

La tarea de la integración es tanto simbólica como pragmática, un elemento para la expansión económica pero también como manera de encarar la nueva geopolítica mundial.

Los cambios que he mencionado equivalen a movimientos telúricos. El surgimiento del Sur global y la transferencia de poder hacia el este asiático, con China a la cabeza, la Cuarta Revolución Industrial, la expansión de las clases medias, todas nos obligan a un planteamiento existencial. ¿Qué rol puede jugar Iberoamérica en este nuevo contexto? ¿Qué fortalezas tiene y qué espacios puede explotar?

Yo creo que Iberoamérica puede ser líder en los valores y portadora de una visión común, en esferas como el G20, la Unión Europea, o la OCDE. Una voz contundente en defensa de la paz, de la cooperación, del diálogo, de la diplomacia, de la democracia, del multilateralismo, de los derechos humanos.

Nos enfrentamos a un mundo que está apenas realizando su transición hacia un nuevo orden. Lo dijo aquí hace unos días don Enrique Iglesias: tenemos que encontrar maneras de preservar lo esencial para poder convivir, en una realidad en donde los polos de poder económico y político se están trasladando.

Iberoamérica puede usar su poder blando, su *soft power*, para incidir en la configuración del nuevo orden. Para ello, sin embargo, debe creer en sí misma y convencerse de su capacidad de trazar destino. Nuestra región no será la única fuerza que determine los contornos del futuro, pero debe asegurarse de ser una de las fuerzas.

Queridas amigas, queridos amigos:

Recientemente anunciamos, junto con el Gobierno de Guatemala, el lema de la próxima XXVI Cumbre Iberoamericana en La Antigua: “Una Iberoamérica próspera, inclusiva y sostenible”, abrazando los compromisos adquiridos en el marco de la Agenda 2030. Para allá nos dirigimos, conscientes de los logros del pasado pero con la mirada puesta en el porvenir.

Hemos cambiado mucho en estos 25 años, nuestras sociedades se transformaron, nuestras relaciones mutaron. Lo que no ha cambiado es la buena voluntad que da aliento al proyecto iberoamericano, y que lo convierte en un espacio positivo, de propuestas, enfocado en lo que nos une y no en lo que nos divide.

He mencionado desafíos importantes, pero ninguno imposible. Con avances y retrocesos, nuestra región ha superado dilemas mucho más difíciles, entre ellos alcanzar la democracia y desterrar la guerra. Hemos aprendido a respetarnos más y a conversar mejor. Hemos incluido a más personas al debate e incorporado nuevos actores en la toma de decisiones. Con muy pocas excepciones, Iberoamérica es hoy más estable y cuenta con una institucionalidad más robusta. Tenemos sociedades más exigentes, y eso no debemos verlo como una amenaza, sino como un estándar de calidad.

Sí, nos quedan muchas tareas pendientes. Pero la historia nos demuestra que los problemas no se superan con prodigios ni milagros, sino con claridad en los objetivos y compromiso político y ciudadano.

Muchas gracias.